

Una presentación de John Dewey*

MIGUEL CATALÁN**

Resumen: La presente contribución procura resumir el papel representado por el filósofo norteamericano John Dewey en el seno de la tradición pragmatista. Para ello se van repasando las aportaciones que Dewey realizó a distintas áreas de conocimiento en que estuvo interesado a lo largo de su dilatada vida profesional e intelectual: la pedagógica —que es la más conocida en Europa—, pero también las relativas a la psicología, la gnoseología, la metafísica, la estética, la filosofía moral, la filosofía de la religión, y, por fin, la intervención pública desde su posición como pensador influyente en la opinión pública de su país.
Palabras clave: pragmatismo, pedagogía, metafísica, estética, ética, filosofía de la religión, gnoseología, política.

Abstract: This paper tries to sum up the role played by the American philosopher John Dewey in the bosom of pragmatist tradition. With this aim in view, the several areas of knowledge in which he was interested throughout his long professional and intellectual life are reviewed: the pedagogic area —the best known in Europe—, but also the ones related to psychology, gnoseology, metaphysics, aesthetics, moral philosophy, philosophy of religion, and, at last, the public intervention from his position as an influential thinker in his country's public opinion.
Key words: pragmatism, pedagogy, metaphysics, aesthetics, ethics, philosophy of religion, gnoseology, politics.

Me corresponde hablar esta tarde sobre John Dewey, el filósofo en torno a quien hice la tesis doctoral. Es sabido que el aspirante a doctor puede ir destilando, conforme se acerca el día de la defensa, y aún más conforme se aleja en el pasado, una densa aversión hacia el autor objeto de su tesis. Yo llevé a cabo la defensa de la tesis doctoral tras cuatro años de trato diario con Dewey, y hoy, tantos años después, todavía abro sus libros con cierta frecuencia. Veo dos razones para la buena salud de esta vieja amistad. La primera viene a ser una ilustración del refrán castellano según el cual dos no riñen si uno no quiere; en este caso el uno es John Dewey, a quien cabría describir siguiendo el tono coloquial de esta intervención como una buena persona. La segunda razón es que su amplitud de intereses, verdaderamente universal, me impide cansarme de los escritos donde éstos se desarrollan: hay zonas en las que apenas he penetrado todavía. Mi análisis no puede ser sino temático, pues, si quiero dar una visión general de su obra. Pero vayamos primero con las presentaciones.

* Esta colaboración se inserta en el marco del proyecto de investigación I + D de la Generalidad Valenciana GV00-158-08, que con el título de *La teoría de la democracia ante los desafíos contemporáneos: competencia cívica y globalización*, se desarrolla bajo la dirección de la profesora M^a Pilar González Altable, de la Universidad de Valencia.

** **Dirección:** Departamento de Filosofía Jurídica, Moral y Política, Universidad Cardenal Herrera-CEU de Valencia. C/S. Bartolomé, s/n. Alfara del Patriarca (Valencia).

John Dewey nació en 1859 en Nueva Inglaterra y falleció casi un siglo después, en 1952, en la ciudad de Nueva York, en cuya Universidad de Columbia fue profesor durante los últimos decenios de su vida. Junto a William James y Charles Sanders Peirce, Dewey es considerado uno de los pensadores «clásicos» del pragmatismo, aunque ya pertenece a una generación más joven que la de los fundadores: Peirce nace en 1839 y James tres años después; son de la misma generación. Dewey, en cambio, viene al mundo veinte años más tarde, en 1859. La condición discipular de Dewey respecto a Peirce, y sobre todo respecto a James, es reconocida por él mismo: los *Principios de Psicología* (1903) de este último transformaron para siempre la percepción que tenía Dewey de la psique y la acción humanas, aunque nuestro filósofo ya seguía con gran atención los escritos de James en el decenio de los 90. Fue James quien, por trasponer una autodefinición kantiana, despertó a Dewey de su sueño hegeliano.

El papel tan destacado que desempeñó Dewey en el desarrollo de la filosofía contemporánea se puede columbrar en el hecho de que por un lado el pragmatismo es la aportación propiamente norteamericana a la historia de la filosofía, y de que por otro es Dewey quien da al pragmatismo su certificado de madurez. En vida Dewey fue el más célebre filósofo estadounidense y el banderín de enganche de la causa pragmatista en países tan dispares como Italia (con un discípulo tan peculiar como Giovanni Papini), China o Japón. Si bien el cuerpo de sus intereses intelectuales y prácticos no hizo sino crecer con el tiempo, Dewey es sobre todo conocido en Europa por el llamado «movimiento de la educación progresiva», que devino el principal método educativo en EE.UU. durante los años 20; la teoría y práctica educativas a escala mundial ya no serían nunca como fueron antes de la intervención de Dewey a finales del siglo XIX. Abriremos nuestro panorama temático precisamente por aquí, adelantando ya que señalando como regla general que la intervención educativa de Dewey se inserta en el proyecto general de su vida y obra: promover la integralidad de la experiencia humana. Para ello llevó adelante un programa de investigación orgánicamente concebido a fin de superar lo que él llamaba el «entramado de los dualismos de la filosofía occidental»¹.

1. Pedagogía

Lo que pretendió Dewey con textos como «Mi credo pedagógico» o «El niño y el curriculum» y con su *Dewey School* creada por la Universidad de Chicago en 1896 fue superar el abismo abierto en su tiempo por la pedagogía tradicional entre el alumno y el programa escolar, entre el alumno y el profesor, y por último entre el colegio y la sociedad. Con el propósito de transformar al discente de objeto inerte de la educación en sujeto activo de la misma, Dewey abordará el problema desde tres claves teóricas: enfoque del programa a partir de los intereses potenciales del alumno (hacer que el profesor no responda a preguntas que no se ha hecho el alumno, sino más bien suscitar que la pregunta «parta» del alumno a partir de sus propios problemas), uso del funcionalismo psicológico (la consideración de la mente como una parte del organismo dedicada a superar dificultades prácticas) y, por fin, la integralidad de la educación (la escuela considerada, no como una preparación a la sociedad, sino como una sociedad en sí misma; una sociedad en miniatura en cuanto a la interrelación de las distintas subjetividades e intereses a partir del hábito de la democracia entendida como método de relación humana). La obra pedagógica de Dewey, de cariz antiautoritario, influyó decisivamente en la de Matthew Lipman, de plena actualidad hoy con su «Filosofía

¹ Me he ocupado de estudiar con cierto detalle el mapa de los dualismos deweyanos en mi libro *Pensamiento y acción* (Barcelona: P.P.U., 1994).

para niños». Como he intentado demostrar en otro lugar², Lipman se ha basado principalmente en las viejas y renovadas ideas de la «nueva pedagogía» deweyana a la hora de llevar adelante su misión de reforma educativa.

2. Psicología

Dewey colaboró a principios del siglo XX con sus colegas de Chicago, sobre todo con su gran amigo G. H. Mead, en formular la doctrina del «funcionalismo» frente al «estructuralismo» entonces dominante. En artículos como el que publicó sobre el arco reflejo en 1896, Dewey defendió que las entidades mentales deben concebirse como fases del comportamiento del organismo que las genera, y en el capítulo VII de *Cómo pensamos*³ especificó las fases funcionalistas del pensamiento reflexivo. Las ideas son «instrumentos» (de ahí «instrumentalismo») para superar los nuevos retos que le surgen continuamente a la conducta; en otras palabras, instrumentos para pasar de lo dado a lo deseado. La psique se encuentra naturalmente orientada a la acción; en línea con el anti-intelectualismo norteamericano de B. Franklin, W. Emerson y R. W. James, el hombre deweyano no es tanto un «receptor» o un «conocedor» como un «hacedor»⁴.

3. Gnoseología

Pero es en la epistemología y teoría del conocimiento donde mejor se aplica el *instrumentalismo* de Dewey (de hecho, a la forma deweyana de pragmatismo se la conoce sobre todo con el nombre de «instrumentalismo»). El instrumentalismo defiende la tesis de que el conocimiento no implica una mera recepción pasiva de datos en un *receptaculum* mental, sino que el acto mismo de conocer expresa una acción, especialmente la acción instrumental de resolver problemas y de configurar, a ese fin, los resultados previsibles de las hipótesis (hipótesis que, a su vez, se generan a la vista de un problema: no hay hipótesis sin problema previo). Desde esta perspectiva mediadora de la razón, la vieja verdad evidente o incontrovertible, y con ello el ideal de la certeza, pasan a reducirse en Dewey, de una manera característicamente modesta, a una «afirmabilidad avalada» hasta el momento por los métodos inteligentes de previsión de consecuencias. Así pues, los enunciados verdaderos no se confirman en la experiencia porque son verdaderos, sino que son verdaderos porque se confirman en la experiencia. Dewey, para quien la función de la teoría no es la de reflejar el mundo como lo haría un espejo, sino la de transfigurarlos como lo haría un artesano, es un severo crítico de la llamada «teoría del espectador», es decir, aquella teoría según la cual el sujeto cognoscente sería un mero espectador del espectáculo universal, un polo de conocimiento al margen del mundo que se limita a registrar acontecimientos sin intervenir en ellos. Dewey propone superar esta dicotomía concibiendo a la sensibilidad y a la razón humanas, no como dispositivos independientes de conocimiento, sino como concausas del mismo y colaboradores en su realización dentro de una esfera común, que es la esfera de la acción. Quizá uno de sus pasajes más explicativos se encuentre en *La búsqueda de la certeza*⁵, donde los factores sensibles y racionales aparecen como aliados

2 Catalán, M., «Psicología, política y educación. Tres claves teóricas de la pedagogía deweyana», *Paideia*, XL (julio-septiembre, 1997), pp. 333-342.

3 *How we Think*, en Dewey, John, *The Collected Works of John Dewey 1882-1953*, Jo Ann Boydston (ed.), Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1969-1991, *Middle Works*, vol VI, 1985.

4 Vid. sobre este punto Van Wesep, H. B., *Siete sabios y una filosofía*, Buenos Aires: Hobbs-Sudamericana, 1965.

5 *The Quest for Certainty*, en Dewey, John, *The Collected Works... Later Works*, vol. 4, 1988.

que cooperan para hacer posible el conocimiento: «Aislarlos entre sí —afirma el filósofo— significaría aislar a cada uno de ellos de toda conexión orgánica con la acción. Cuando se enfrenta la teoría a la práctica es cuando surge con razón la disputa de si la primacía en la teoría corresponde a los sentidos o al intelecto. La actividad dirigida requiere ideas que van más allá de los resultados de percepciones pasadas, puesto que sale al encuentro de situaciones futuras y todavía inexperimentadas. Pero, tanto al comienzo como al final, trata con cosas que sólo podemos conocer directamente, a través de la percepción y el goce inmediatos»⁶. Dewey reforzó así la tesis común de la epistemología pragmatista según la cual la naturaleza de los conceptos es «posicional», vale decir: los conceptos sólo funcionan en un contexto determinado; en caso contrario, por decirlo en palabras de Wittgenstein, «ruedan en el vacío».

4. Ontología y metafísica

La viciada teoría del espectador no puede sino derivar en la creación fantasmal de un Ser estático y autosuficiente, en contraste con la pobre movilidad necesaria del bajo mundo. Pero esta concepción ontológica dualista es errónea, y a despecho suyo la realidad en su conjunto sigue siendo cambiante. Incluyendo al sujeto: el yo siempre está (es) *in the making*, o *becoming*; nunca *still*, quieto o invariable, a no ser que hagamos un corte artificial y arbitrario en el decurso de la existencia. Por tanto, toda la ontología occidental, basada en la idea parmenídea y platónica del Ser como entidad estática y trascendente debe ser superada por una ontología dinámica y por una metafísica que se ocupe de establecer lo que Dewey denomina «los rasgos genéricos de la existencia», las diversas formas del ser en su realidad devenidora. La vida es constitutivamente inestable y fugaz, pero así son las cosas, y está bien que así sean. Hay un optimismo metafísico de lo posible en Dewey, lanzado siempre hacia el futuro, basado en la felicidad de las futuras generaciones y en el perfeccionamiento social, que acepta sin aspavientos la caducidad de la existencia individual, pero que sólo acepta una diferencia de grado entre lo inmanente y lo trascendente: la existencia dirigida al crecimiento y la ampliación de intereses desde el yo a los demás en una comunidad democrática dirigida hacia el futuro es todo lo trascendente que puede llegar a ser la trascendencia. Cuando se sigue concibiendo la realidad individual como la única existente, sin embargo, los peligros del pesimismo existencial (y aún más: del pesimismo existencialista) abocan a soluciones igualmente insatisfactorias: ni el resentimiento, ni la negación de la realidad, ni la fabricación de utopías inmutables contribuyen a dar armonía a la existencia, sino más bien a asentarla sobre fundamentos inestables causantes de ulterior y más duradera desdicha.

5. Ética

Entrando ya en el ámbito de lo moral, John Dewey se empeñó en construir una ética operativa, a medio camino entre el normativismo ingenuo y el subjetivismo escéptico. Se opuso por un lado a la fe en valores y principios invariables, y por otro a la opinión ampliamente extendida entre los filósofos morales del primer tercio del siglo XX según la cual no era posible pasar del «es» al «debe». En esa dirección, se enfrentó a la versión positivista del problema del juicio del valor, tanto como a la intuicionista, la fenomenológica, y, en general, a las tradiciones empirista e idealista.

6 *The Quest for Certainty*; ed. cit. p. 137.

que dividen radicalmente los juicios en empíricos y valorativos. Doctrinas que asignan a cada tipo de juicio un campo lógico diferente, reservando de manera excluyente para los juicios empíricos la susceptibilidad de ser confirmados o modificados por hechos de experiencia, y hasta la patente de significatividad. Dewey mantuvo, en disensión con todos ellos, que los juicios de valor son significativos, y que pueden refrendarse mediante la experiencia y formularse con garantías de validez: una validez creciente y de llegada, no estática y de partida. Superar el subjetivismo ético y el relativismo absoluto sin caer en el absolutismo y el intelectualismo que fundamentan apriorísticamente la validez de los juicios prácticos es una ardua tarea de equilibrio que asigna Dewey al pensamiento moral. En esa dirección, Dewey abogó por disolver la tradicional dicotomía entre los fines y medios de una acción, dicotomía que él consideraba responsable del aislamiento de las disciplinas prácticas respecto al avance del conocimiento teórico. Para ello esclareció el papel jugado por las consecuencias de una elección práctica en la valoración final de ésta; como resultado, Dewey sustituirá el concepto teleológico de «fin en sí mismo» por el concepto dialéctico de «fin a la vista», concebido con el propósito de hacer justicia al *continuum* natural fines-medios. Este continuo se expresa muy bien en su *Theory of Valuation*, obra todavía inédita en español: «la medida del valor que una persona profesa a un fin dado no depende de cuán querido afirma que le resulta, sino del interés con que se dedica a obtener y usar los medios sin los cuales no puede conseguirse»⁷. No se dan, pues, fines independientes de la acción; por esa razón mantiene Dewey que no hay tanto «valores» —estáticos, estructurales—, sino «valoraciones» —dinámicas, funcionales—. Y por esa razón cada generación ha de determinar el orden de prioridad de los principios y valores. El único fin independiente sería, en todo caso, el fin de toda acción: «*growth itself* — afirma Dewey — *is the only moral end*»: el crecimiento es el único fin moral.

6. Política e intervención pública

El otro nombre por el que se conoce el pragmatismo de Dewey, es, además de «instrumentalismo», el de «experimentalismo»; y es en los temas sociales (éticos y políticos) donde juega su mayor papel. El experimentalismo expresa la necesidad de poner a prueba nuevos métodos y soluciones que resuelvan los cambiantes problemas de convivencia y permitan una acción pública cada vez más consciente e ilustrada en el marco de la democracia como forma básica de relación humana. El crecimiento como fin moral individual depende de la ampliación de las posibilidades humanas de la vida en común, puesto que la vida meramente individual es para Dewey una mera fantasía: la vida humana supone, *per se*, la copresencia existencial: lo que él denomina la *togetherness*. Desde el punto de vista político, Dewey compartió con otros pragmatistas, como G. H. Mead, que estaba empeñado en forjar un «pragmatismo social», una misma esperanza, digamos que optimista, en la construcción compartida, igualitaria y experimental de ideales y valores. Dentro de una tradición como es la filosófica que desde Platón y Aristóteles se ha mostrado cuanto menos ambivalente con el ideal democrático. John Dewey es quizás el primer filósofo de la historia en vindicar sin fisuras la democracia como el único sistema político que se encuentra a la altura de la dignidad del hombre y le permite por tanto ensanchar sin restricciones la capacidad de elección humana. Hay mucho de inerme fe en esta creencia en la democracia, pero también de

7 Dewey, John. *Theory of Valuation*, en *International Encyclopedia of Unified Science*, II, 4, Chicago: The University of Chicago Press, 1939, p. 27.

enérgica confianza. En su artículo «Democracy and Education in the World of Today» (1938), Dewey citó la respuesta de Félix Adler a quienes despreciaban el principio de «un hombre, un voto» basándose en el superior valor cualitativo de los individuos cultivados u organizados: «No importa cuán ignorante sea una persona para que haya un asunto que él conoce mejor que nadie: dónde le aprieta el zapato»; máxima como venablo dirigida contra las teorías antidemocráticas de la derecha y la izquierda que emplean conceptos como el de las «minorías conscientes» o las «elites» para desautorizar la voz política de las mayorías. Como Dewey expuso en «Democracy and Educational Administration» (1937), «democracia» significaba «fe en las capacidades de la naturaleza humana; fe en la inteligencia y en el poder de la experiencia asociada y cooperativa». La democracia de Dewey es una democracia ideal; esa misma aspiración idealista se encuentra en la definición que dio de «pragmatismo» su principal discípulo, Sidney Hook: «Es la teoría y práctica —escribió Hook— de engrandecer la libertad humana en un mundo precario y trágico gracias al arte del control social practicado con inteligencia. Puede que se trate de una causa perdida, pero no conozco ninguna mejor»⁸.

En esa dirección, también Dewey ha sido acaso el pensador que con más vehemencia defendió no sólo la factibilidad de una democracia plena, sino la fortaleza de las democracias de hecho frente a otras formas de organización social que fían su perdurabilidad a la rigidez de estructuras, la figura del líder o el culto a la tradición. En fechas trágicas y comprometidas, Dewey se opuso enérgicamente a la tentación de imitar al ascendente fascismo en la limitación de la libertad de información, señalando que la democracia es no sólo un fin, sino también un método, y que una dictadura temporal para conseguir una democracia más plena no es más que una contradicción en los términos.

En la dirección práctica de su pensamiento, Dewey fue un hombre extraordinariamente implicado en la reforma y crítica del sistema social norteamericano, en el capitalismo y el liberalismo sin freno de su época, con el que se mostró muy crítico, e intervino además decisivamente en cuantos problemas acuciaron a la democracia dentro y fuera de su país a fin de construir lo que él denominó en *The Public and its Problems* «La Gran Comunidad», es decir, una comunidad que más allá de un liberalismo que considere a los individuos atomísticamente, al modo lockeano, aplique a fondo el concepto social, republicano, casi jeffersoniano, de la sociedad que tenía Dewey.

Debe señalarse que en los años 20, 30 y 40 del siglo XX, los filósofos norteamericanos, y no sólo los pragmatistas, desempeñaron un importante papel en lo que ha denominado Richard Rorty «el liderazgo moral del país». En el plano práctico, a lo largo de ese tramo de la historia Dewey defendió la participación de EE.UU. en las dos guerras mundiales en defensa de las democracias europeas, y también, como he detallado en mi *Proceso a la guerra*⁹, abogó mediante una serie de artículos en favor de las propuestas legislativas del llamado «programa de deslegalización de la guerra» que surgió tras la Primera Guerra Mundial. Dewey formó parte del *Committee for the Outlawry of War* con el fin instrumental de impedir el ingreso de EE.UU. en la Sociedad de Naciones que ellos entendían insuficiente para asegurar la paz mundial. El movimiento de deslegalización tuvo mucho que ver en la redacción del llamado pacto de París (o pacto Briand-Kellogg) de 1928, por el que los principales países industrializados aceptaron firmar un tratado que especificaba la renuncia a la guerra como medio de resolver los conflictos internacionales.

8 Hook, Sidney. *Pragmatism and the Tragic Sense of Life*. Basic Books: Nueva York. 1974, p. 25.

9 Catalán, Miguel. *Proceso a la guerra*. Valencia: Alfons el Magnànim. 1997.

7. Estética

En su libro central sobre esta disciplina, *Art as Experience* (1934), Dewey se opuso a la concepción de lo bello como concepto separado del resto de experiencias humanas y a la separación del arte respecto a la vida humana en cierta concepción sacralizadora de los modernos museos y galerías de arte. La experiencia estética es una experiencia corriente basada en conceptos comunes como «ritmo», «armonía» y «proceso». El arte es una exteriorización de esa experiencia, pero no una exteriorización sin finalidad («el arte por el arte»), sino más bien orientada a la comunicación con los otros. Esta concepción de lo artístico, no tanto objeto ahí delante, sino en tanto unificación en la comunidad de experiencias propias, que podrían parecer en principio únicas y hasta solipsistas, es una muestra más del humanismo democrático del autor.

8. Religión

En cuanto a la religión, Dewey desarrolló en su obra *A Common Faith* (1934) la idea de que lo importante no era la creencia en una realidad sobrenatural que a lo largo de nuestra vida invalidaría la realidad empírica y nos acogería en su seno después de morir, sino más bien al contrario, la experiencia de una fe que intensificaría el valor de la vida diaria mediante la confianza en lo divino, y de una divinidad despersonalizada e ideal que reforzaba la alegría de existir y la capacidad creativa del hombre. Esa experiencia religiosa no sería una experiencia aparte que existe por sí misma, sino la forma en que se viven otras experiencias, como la del amor, la amistad, la de pertenencia a una comunidad o incluso la experiencia estética. Así pues, propuso limitar el uso del sustantivo «religión», que él asociaba a las religiones particulares y las creencias concretas, y emplear más el adjetivo «religioso», denotador de una cualidad universal de la experiencia individual; también, y aunque esto quizá resulte más atrevido, sustituir «Dios», que es un concepto puramente sobrenatural y objetual, por «lo divino», más indeterminado, que asocia el mundo de lo real y lo ideal en el seno de la propia experiencia humana. Publicada a sus 75 años, *A Common Faith* ponía fin a toda una vida padeciendo la crítica de que había escrito sobre todos los temas menos sobre el religioso; Dewey lo hizo por fin buscando integrar la experiencia religiosa en el conjunto de las experiencias humanas, situándola entre los límites indeseables del supernaturalismo tradicional y el ateísmo destructor.

Hubo disciplinas y áreas de investigación de entre las que hemos descrito sucintamente que ocuparon sólo una parte de su vida: la religión y la estética, por ejemplo, ocuparon la parte final de su existencia; la psicología obedece más bien a una etapa juvenil, en tanto la pedagogía le ocupó entre los 35 y 50 años de su vida; otras sin embargo, como la política, la consideración sobre el papel de la filosofía o la crítica de la cultura, fueron más o menos constantes. En todas ellas, sin embargo, y en línea con una de las principales columnas sustentadoras del espíritu común del pragmatismo, buscó una síntesis intelectual que pudiera ayudar al ser humano a concebirse a sí mismo de una forma integral, armónica y enriquecedora, y sólo las abandonó cuando juzgó que había hecho cuanto podía hacer en esa dirección.

Nota bibliográfica

La edición crítica de las Obras Completas de John Dewey se encuentra disponible en dos versiones: la impresa y la electrónica.

Respecto a la primera, se halla dividida en tres grandes bloques: obras juveniles (*The Early Works*), obras del período Medio (*The Middle Works*) y obras de madurez (*The Later Works*). la referencia completa es:

- Dewey, John, *The Collected Works of John Dewey 1882-1953*, Jo Ann Boydston (ed.), Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1969-1991.

En cuanto a la edición electrónica, que reúne en un CD-ROM la obra de Dewey con la exclusión de su correspondencia, su referencia es:

- *The Collected Works of John Dewey 1882-1953: The Electronic Edition*, Larry A. Hickman (ed.): Charlottesville, Virginia: InteLEx Corp., 1996.

Para aquellos que quieran, no obstante, acercarse por primera vez a la obra de John Dewey en castellano resulta recomendable la lectura de tres obras ya traducidas: *La reconstrucción de la filosofía* (Barcelona: Planeta-Agostini, 1986), que mantiene un carácter filosófico general, *Naturaleza humana y conducta* (México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1964), que es una introducción sencilla y sugerente a la psicología funcionalista, y por último *Libertad y cultura* (México, D. F.: UTEHA, 1965), que representa un buen resumen de su filosofía moral y política, con un capítulo final sobre el espíritu de la democracia. Para lectores del inglés original, además de los textos anteriores, *Experience and Nature* (en *The Collected Works of John Dewey, Later Works*, vol. I: 1981) es considerado no sin razón como su ensayo más importante, y *The Quest for Certainty* (en *The Collected Works of John Dewey, Later Works*, vol. IV: 1988), la exposición más completa de su análisis del problema del conocimiento.

julio de 2001